



Sevilla en la Guerra de Africa

(1859-1860)

CUADROS DE HACE MEDIO SIGLO

POR

MANUEL CHAVES

Correspondiente de la Real Academia de la Historia, numerario de la Sevillana de Buenas Letras y Cronista Oficial de Sevilla

SEVILLA

Imp. de El Mercantil Sevillano

San Eloy, núm. 16

1910

A la Real Academia de la Historia

Bien sé yo que el presente trabajo—ligero esbozo de un fragmento de vida sevillana de hace medio siglo—ni por su importancia, ni por la forma desaliñada en que está realizado, es digno de ofrecerse á la docta Academia que tiene la alta misión de ilustrar la Historia de España; pero la inmerecida honra con que me ha distinguido eligiéndome para una plaza de correspondiente, *me obliga á que cuanto antes le demuestre de algún modo mi gratitud y reconocimiento.*

Por ello, sin aguardar á dar á la estampa otros libros que preparo, en este, primero que ve la luz pública después de mi nombramiento, me apresuro á poner al frente de sus páginas el título del ilustre Instituto, á que me ufano en pertenecer.

Acepte, pues, la Real Academia de la Historia este modesto escrito, no viendo en él otra cosa que la voluntad y el agradecimiento del autor, que no dispone de otro medio para hacerlos patente.

Manuel Chaves

I

Recuerdos oportunos.—Las primeras noticias de la guerra.—Entusiasmo patriótico.—Una nota del Gobierno.—Movimiento de tropas.—Donativos para la guerra.—Los caballeros de San Juan.—Procesión de rogativas.—El alcalde García de Vinuesa.—Una corrida patriótica.—Cartas de Manuel Domínguez y Lucas Blanco.—El cartel.—Los brindis.—Producto de la fiesta.

TRAE la actual campaña del Riff á la memoria de muchos el recuerdo de aquellas dos guerras de 1859 y de 1893 que sostuvo España en África, y en particular la primera, de la que cumple ahora medio siglo, y que si es cierto que elevó el rango de nuestra Patria en el extranjero, lo es también que mientras otras naciones se aprovecharon con más sentido práctico de nuestra obra, nosotros nos dimos por satisfechos con los laureles conquistados.

Actualidad tiene ahora la memoria de aquella lucha sostenida en Marruecos hace cincuenta años; y por tal paréceme oportuno traer aquí algunos detalles de lo que entonces hizo Sevilla, sin que entre el ayer y el hoy pretenda establecer comparaciones ni sacar consecuencias, que dejo á gusto del lector...

¡Ha pasado tanto tiempo desde la guerra de África! ¡Ha cambiado tanto España y ha sufrido tan radical transforma-

ción su espíritu, que, estudiando en pormenores aquellos días de 1859 y 60, no nos explicamos satisfactoriamente muchas cosas que entonces lo más lógico y corriente parecían!

Pero mi propósito, como he dicho, no es entrar en reflexiones; es más modesto: mi pluma se contenta con reflejar algo de un pasado entusiasta, con bosquejar un cuadro sevillano, de que pueden dar aún testimonio no sólo documentos, sino personas que fueron testigos y vivieron aquel mundo que tan lejos parece quedar de la generación presente, á quien no ha sido dado conocer alegrías ni grandes triunfos guerreros...

Desde que en Agosto de 1859 llegaron á Sevilla las noticias del ataque cometido por los moros de Anghera en los trabajos de fortificaciones españolas, el interés del público se fijó en los sucesos que siguieron desarrollándose en África, aumentando día por día, y al publicarse en 22 de Octubre la declaración de guerra á Marruecos, el espíritu belicoso surgió espontáneo en el pueblo y en todas las clases sociales, á quienes se vió desde luego decididas para la lucha, en la que nadie dudaba que habrían de recogerse grandes provechos.

Los sevillanos, con rarísimas excepciones, eran partidarios de la *guerra al infiel marroquí.* Objeto preferente en las conversaciones ocupaban los asuntos de la campaña que se preparaba, y cuantas noticias había de ella daban motivo á largos comentarios, llevados á veces al más disparatado extremo, que entretenían sabrosamente á los desocupados en tertulias y corrillos.

La prensa periódica, sin ser entonces, ni con mucho, la prensa informadora de hoy, vióse precisada á corresponder al deseo general del público; pero el Gobierno se apresuró á intervenir en estas relaciones entre el periódico y el lector, haciendo saber las siguientes órdenes, que tienen tanta actualidad en las circunstancias del día como la tuvo en Noviembre de 1859:

«El Gobierno de la nación—decía—ha dispuesto que las autoridades recojan los números de los periódicos, no permi-

tiendo su circulación, cuando se ocupen de las operaciones futuras de la campaña que está próxima á emprenderse, ó cuando por las noticias que inserten sobre las resoluciones de los jefes, marchas de tropas, salidas de buques, establecimiento de campamentos, etc., puedan comprometer el éxito de las operaciones.»

Con esta orden recibieron duro golpe los ciegos que por las calles de la Ciudad pregonaban hojas y papeles con noticias estupendasde la guerra; pero no pudo impedirse que, sin saber de dónde, corrieran de boca en boca extraordinarias novedades, que cada cual aseguraba tener del más auténtico origen.

Ya se decía que el sultán había muerto envenenado; ya se afirmaba que las kábilas de todo Marruecos estaban en espantosa lucha unas con otras; ya que los generales Echagüe, Zabala ó Ros de Olano habían librado reñidas acciones; ya, en fin, que nuestras tropas habian ejecutado tal ó cual avance, inclinando siempre el entusiasmo público la balanza á favor de las armas nacionales.

En los comienzos del mes de Octubre de 1859 el movimiento de tropas y de personal se notaba en Sevilla bien claramente, habiendo por entonces destinado el Gobierno la Ciudad para depósito de los prisioneros marroquies que se hicieran en la campaña y para depósito también de los heridos, ordenando además que fuese la Capital el punto donde se reunieran la reserva del Ejército expedicionario y la dirección de la Administración militar.

Los elementos todos de Sevilla se apresuraron á reunir fondos con destino á la guerra: la Junta de Comercio dió 200 mil reales, el Círculo de Labradores 20.000, el Casino Sevillano 10.000, etc., etc., y los partidos de Cazalla, Ecija, Utrera, Estepa, Alcalá del Río, Morón y otros de la provincia entregaron respetables sumas, á más de un determinado número de acémilas perfectamente atalajadas.

No estuvo tarda ni reacia la Real Maestranza de Caballería de Sevilla en dar una gallarda prueba de patriotismo, y con fecha 1.° de Noviembre acordó dirigirse á la Reina pidiéndole admitiera la oferta de satisfacer el importe de las 24 piezas de la cuarta batería de cañones rayados de montaña, que por entonces fabricaba la Fundición de la Capital, así como el de sus

montajes, cajas de municiones y bastes, rogando á Doña Isabel permitiera que en las enunciadas piezas se grabara una inscripción donde constase haber sido donadas por la Corporación.

Firmada por el Marqués de Moscoso y todos los maestrantes se presentó en Junta celebrada por la Maestranza la proposición de este escrito y cuyo documento, publicado por varios diarios locales de 1859, decía:

«El entusiasmo que inspira á los individuos de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla el mejor éxito de la guerra de Africa, que consideran no sólo como de honor nacional, sino como merecedora del agradecimiento de España, nos hace pedir á la Junta administrativa y á la Regional supliquen á S. M. la Reina Nuestra Señora se digne admitir la oferta que hace de satisfacer el valor de las veinticuatro piezas de artillería de las cuatro baterías de cañones rayados de montaña que actualmente se preparan en la Fundición de esta capital, así como el de sus montajes, cajas de municiones y bastes, rogando al mismo tiempo á la Augusta Señora tenga á bien permitir se inscriba en las mencionadas piezas la circunstancia de haber sido donadas por esta Corporación.—Sevilla 1.° de Noviembre de 1859.—Siguen las firmas.» (1)

Dos actos de carácter religioso celebráronse en 19 y 21 de Noviembre para pedir al Altísimo el triunfo de las armas españolas, que una vez más iban á cruzarse con los africanos.

Los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén llevaron á cabo en la parroquia de la Magdalena, el primero de los citados días, una solemnísima función, á la que concurrieron todas las autoridades eclesiásticas y civiles, y el segundo, salió en procesión por las calles la antigua imagen de la Virgen de los Reyes, objeto de predilecto culto de los sevillanos.

Estaba entonces al frente del Ayuntamiento aquel famoso alcalde García de Vinuesa, hombre de grandes iniciativas y de extraordinaria actividad, y en ocasiones críticas como aquellas lo eran, no pudieron por menos de ponerse de manifiesto las especiales aptitudes que han hecho célebre su nombre.

Era García de Vinuesa, nacido en Montenegro de Cameros (Soria) en 1814, modestísimo dependiente de una tienda de géneros, llamada *Las Filipinas*, que existía por los años 1838 y siguientes en Sevilla; habíase dedicado luego en gran escala

á los negocios comerciales, y desde 1849, en que figuró como concejal del Municipio hispalense, atrajo la atención por sus cualidades. En 1854 fué primer teniente de alcalde y alcalde en 1859, siendo notables las mejoras materiales y morales que en la Ciudad llevó á cabo, y sorprendiéndole la muerte en la epidemia colérica de 1866, cuando ocupaba el puesto de alcalde corregidor.

García de Vinuesa no desperdiciaba medio para corresponder á lo que las circunstancias exigían, multiplicándose en la inspección de cuantos servicios en su competencia entraban, y atento al prestigio y buen nombre de la Ciudad, excitaba continuamente á unos y otros para que Sevilla diese la más gallarda prueba de patriotismo.

La suscripción abierta por el Municipio no tardó en alcanzar una crecida suma en pocos días; las invitaciones hechas á particulares y entidades dieron bien pronto resultados satisfactorios; pero la necesidad del aumento de fondos hizo pensar en la celebración de espectáculos teatrales y taurinos, organizándose en primer lugar una corrida de toros por el Municipio, que había de ofrecer los mayores atractivos.

Á esta corrida fueron invitados los más famosos diestros de entonces, pareciéndome de curiosidad reproducir aquí las cartas que los lidiadores Manuel Domínguez y Juan Lucas Blanco dirigieron al alcalde con tal motivo.

La carta de Domínguez decía así:

«Señor don Juan José García de Vinuesa. Señor de mi mayor respeto: Si no es posible que yo deje de cumplir gustosamente las indicaciones de V., mucho menos podré excusarlo cuando se propone favorecer á los que padezcan por causa tan noble y santa como la que entusiasma hoy á todos los españoles. Con orgullo de serlo me ofrezco á usted y puede disponer de mí sin restricción alguna para la corrida que me indica. Ella estuvo en mi idea para cuando recibí la invitación para concurrir al servicio de acémilas y comisioné personas que indicasen y procurasen la ejecución. El objeto á que ahora se dedica está tan justificado, que sólo hace desear se realice con el mejor éxito, y si en él tuviese una pequeña parte se añadiría á mi complacencia la de cumplir las indicaciones de V., que son gratas y respetables órdenes para su afmo. s. s. q. b. s. m., *Manuel Domínguez.*

21 Noviembre 1859.»

Juan Lucas Blanco se expresaba de este modo:

«*Sr. D. Juan J. G. Vinuesa.* Muy señor mío y de mi mayor respeto y consideración: Participando como el que más del patriótico entusiasmo con que los españoles todos han acogido la declaración de guerra al imperio marroquí, y deseoso de secundar los esfuerzos de mis apreciables compañeros para retribuir los especiales servicios que está prestando nuestro valiente Ejército en Africa, ruego á usted se me incluya entre los espadas que han de ejecutar la función, cuyos productos se destinan al socorro de las familias de los hijos de este país que fallezcan ó se inutilicen en aquella guerra. Siendo mi único objeto el que antes he expresado, innecesario será advertir á usted que por el trabajo que con mi cuadrilla deseo hacer en dicha función, no aspiro ni admitiré ningún género de retribución. Esto me proporciona el gusto de ofrecerme á usted afectísimo s. s. q. b. s. m., *Juan Lucas Blanco.*

30 Noviembre 1859.»

Completáronse el cartel de la corrida y los demás preliminares, y en 11 de Diciembre se celebró el espectáculo con el mayor entusiasmo patriótico.

Pertenecían los ocho toros que se lidiaron á la vacada de don Joaquín de la Concha y Sierra y para las reses donaron vistosas moñas la condesa del Aguila, la marquesa de Marchelina, doña Rosario Rivero de Rivas, doña Candelaria Rodríguez de Vázquez, doña María Alonso Ibáñez de Calzada, doña María de la Salud Rodríguez Nandín, la marquesa de Villapanés y la condesa de Peñaflor.

El cartel de la corrida, que tengo á la vista, dice lo siguiente al tratar de los lidiadores:

«Los célebres diestros Francisco Arjona Guillén, Juan Lucas Blanco, Manuel Domínguez, José y Manuel Carmona: sirviendo de sobresaliente de espada el aplaudido y simpático joven Antonio Carmona (el Gordito), con obligación de banderillear: debiendo advertirse que toda la lucida y numerosa cuadrilla trabajará gratis en cooperación á tan benéfico pensamiento; á las órdenes de los espadas estarán los banderilleros siguientes: Antonio Ortega (Lillo), de Cádiz; Antonio Velo, Manuel Bustamante (la Pulga), Fernando Fernández, Juan Yust, José Bustamante y Ceferino Bertí, todos de Sevilla, acompañando en sus trabajos el tan aplaudido joven lidiador Antonio Carmona (el Gordito), y sirviendo de puntillero Fermín García (el Pele). Picarán: Pedro Romero (el Habanero), de Los Palacios; Francisco y Antonio Calderón, de Alcalá de Guadaira; José

Barrera Trigo y Antonio Fernández, de Sevilla; Juan Díaz (el Coriano), de Coria del Río; Juan Fuentes, del Puerto de Santa María; Antonio Navarrete, de Sevilla, y Onofre Alvarez.»

Según un aviso que se publicó á última hora el día de la fiesta, tomó parte en ella Antonio Sánchez (el Tato), que mató el sexto toro, siendo la corrida, si se ha de creer á los revisteros de entonces, buena y bastante animada.

Adornada estaba la plaza con gallardetes y guirnaldas; en el palco presidencial se veia un dosel con el retrato de la Reina, y después de la lidia se quemaron fuegos de artificio.

Dominó la nota patriótica en toda la fiesta, á la que concurrieron las autoridades de la ciudad, el elemento militar, bellísimas y elegantes damas y cuantos podían contribuir á dar animación al espectáculo.

Júzguese si el patriotismo no tendría allí el primer lugar por estos brindis que, antes de dar muerte á sus bichos, dijeron los diestros, y que consignó el periódico *El Porvenir*.

Lucas Blanco dijo:

«Señor presidente: Brindo por V. S. y su amable compañía y porque el Dios de los ejércitos saque victoriosas á nuestras tropas contra el bárbaro marroquí y para que el que haya sucumbido ó sucumba en aquellos bárbaros campos, lo recoja Dios en su santo cielo y brindo por toda la gente de la tierra y los forasteros.»

El discurso del *Gordito* fué así:

«Señor presidente: Brindo por V. S., por su acompañamiento, por nuestro valiente Ejército, y brindo por que no soltemos las armas hasta entregar la cabeza del emperador marroquí y presentarla á los piés de nuestra señora la segunda Isabel.»

La corrida patriótica á favor de los heridos de la guerra de Africa dejó, según los estados que he tenido ocasión de consultar, un producto líquido de 30.334 reales, y produjo el mayor entusiasmo en el público.

De alguna curiosidad parécome copiar, por último, el resumen de aquella fiesta, que, firmado por F. Siquimani y J. Moreno, apareció en *El Porvenir* en su número 3.388, resumen que, aunque hecho en muy medianos y vulgares versos, es un detalle más que completa las noticias del espectáculo:

«Los toros fueron muy buenos,
y aunque la estación es mala
para esta clase de fiestas,
fué corrida soberana...
Mataron quince caballos,
y al hierro se aficionaban
tanto, que entre todos ocho
tomaron noventa *varas*.
Los matadores muy bien,
luciéndose en suertes varias;
palmas merecieron todos
y el público batió palmas.
Valientes los picadores;
el *Gordito* es una alhaja;
los demás banderilleros
cumplieron cual se esperaba.
Reciban el parabién
que Sevilla entusiasmada
da á cuantos en pró se emplean
de sus soldados de Africa,
aquellos que han cooperado
á esta empresa terminada,
y mientras ellos combaten
por el bien de nuestra causa
vertiendo su noble sangre
por su Dios y por su Patria,
busquemos algún recurso
con que aliviarlos mañana,
que tan santo sentimiento
tiene recompensa santa.»

II

La bandera de la Hermandad de la Virgen de Europa.—Ofrecimientos.—O'Donnell y Prim, en Sevilla.—Poesías de circunstancias y cantos populares.—Llegada de los primeros heridos de Africa.—Función patriótica en el teatro San Fernando.—La batalla de los Castillejos.—Medidas de precaución.—Un baile de máscaras.

En los comienzos de Noviembre de 1859, y poco antes de desembarcar en Ceuta las tropas del general Echagüe, y de dar los moros los reñidos ataques que emprendieron contra los reductos españoles, se celebró en nuestra Ciudad la solemne entrega de una bandera que, con destino al batallón Provincial de Sevilla núm. 3, costeó por suscripción la Hermandad de la Virgen de Europa, imagen que existía en un retablo situado en la plaza del mismo nombre, y que tenía numerosos devotos.

Recibió la citada bandera el capitán general de Andalucía, don Diego de los Ríos, que poco después marchó á Africa, tomando parte muy activa en la campaña, y teniendo para Sevilla marcadas atenciones, como referiré más adelante.

El obsequio de la Hermandad de la Virgen de Europa no fué el único de los llevados á cabo, y basta hojear las colecciones de periódicos de aquellos días y leer los acuerdos del Municipio, para encontrar con frecuencia todo género de ofrecimientos útiles en aquellas circunstancias.

Ocupábanse las monjas de algunos conventos en hacer hilas y vendajes; ponían las personas pudientes á disposición de la autoridad sus casas para asistir en ellas á los heridos que de la campaña regresasen; organizaban las damas aristocráticas benéficas rifas; acordaba el Ayuntamiento establecer 25 dotes de 2.000 reales á las hijas de los mililares que muriesen en campaña; en 19 de Noviembre los 209 reclusos que entonces existían en la cárcel del Pópulo elevaban una exposición á la Reina pidiendo se les ocupase en cualquier servicio, trabajo ó manufactura para guerra, y las presas del correccional de mujeres de San Isidro del Campo se prestaban á lavar ropas de los heridos.

Caracteres tuvo entonces de acontecimiento la llegada y breve estancia en la Ciudad del Presidente del Consejo de minislros, general don Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, que, procedente de Madrid, pasó por Sevilla para tomar el mando superior del Ejército de Africa.

En tren especial vino O'Donnell desde Córdoba, y á las ocho de la mañana del 10 de Noviembre salió en carruaje de la Capitania general á visitar la Fundición de Cañones.

Agolpábase el público entusiasmado al paso de la carretela donde O'Donnell iba con el general Ríos, y en algunos puntos del tránsito le fué dificil abrirse paso al piquete que escoltaba el vehículo del Presidente.

Después de la visita á la Fundición, O'Donnell asistió al Gobierno civil, donde se dió un opíparo almuerzo, al que concurrieron todas las auloridades, y al medio día don Leopoldo tomó el tren de Cádiz, siendo despedido con música, vivas y otros desahogos...

Aquella misma tarde, don Juan Prim, acompañado de su ayudante el coronel Sanz, entraba en Sevilla para tomar el mando del cuarto Cuerpo del Ejército expedicionario, y después de pasar la noche en la Fonda de Londres, salió bien de mañana en el vapor *Adriano*, á donde fueron á saludarle los amigos que habían tenido ocasión de conocer su estancia en la ciudad.

Los sucesos que por aquellos meses tanto inleresaban á los sevillanos no podían por menos de ser objeto de la aten-

ción de los poetas de la localidad, y apenas se supo la declaración de guerra, se vieron aparecer en las columnas de los periódicos, y en hojas sueltas, composiciones más ó menos aceptables, de las que recordaré únicamente para muestra la oda *Al Ejército expedicionario*, por don José Alberto González; *A los españoles en 1859*, oda por don Narciso Campillo; *Letrilla patriótica española*, por don Federico Justiniano y Arribas; *España en Africa*, canción por doña Josefa Visama; *Al Ejército*, soneto, por don José Cañaveral; *Al general en jefe del Ejército de África*, oda por don Rafael González Janer, y otras varias que vieron la luz, anónimas, y en la mayoría de las cuales suplía el ardor bélico á la inspiración de sus autores. (2)

Un literato de la localidad, don Ramón Lon de Compañy, no se contentó con escribir odas y canciones al asunto del día, emprendió más árdua empresa y trazó toda una obra teatral, como la comedia en dos actos y en verso, titulada *¡Al África!*, y que se estrenó en el colíseo de San Fernando en 19 de Noviembre de 1859, creo que con un mediano éxito, á juzgar por las pocas noches que se puso en escena.

La musa popular y callejera fué indudablemente más fecunda que la de los cultos, y no hubo en Sevilla ciego con guitarrillo, ni moza de servicio que, olvidándose por un momento de las copletas de *María Cazuela* ó del miriñaque del *Señó Juan el Esterero*, por ejemplo, no cantase á voz en grito aquellas otras de

«Al pie de Sierra Bullones
una morita lloraba...»

ó la que decia:

«Del pellejo del rey moro
tengo que hacer un sofá,
para que se siente en él
el capitán general.»

sin que faltasen seguidillas bravuconas, como ésta:

«Qué importa que los moros
tengan *pingardas*,
si luego se las quitan
con la metralla.»

ó tonadas sueltas, de aire picaresco, entre las que figuraba la de

«Hacerlos de papel blanco,
muchachas, si queréis novios,
que los mocitos de ahora
se los llevan para el moro.»

con otras cien, ya olvidadas hoy, y cuya letra era á veces harto simple, ridícula ó disparatada.

Hacia mediados de Noviembre, cuando se supo en Sevilla la toma de las alturas de El Serrallo por las tropas del general Echagüe, esta victoria causó el mayor entusiasmo, celebrándose con repiques de campanas, colgaduras é iluminaciones, y á parecidos desahogos dieron origen las acciones del 12, 22 y 25 de Diciembre, de favorables resultados para las armas españolas.

En el último mes del año comenzaron á llegar á Sevilla los heridos de la campaña, y el día 16 entraron en la Ciudad 111 soldados, de los cuales falleció el primero el 25 de Diciembre, en el Hospital Militar, y se llamaba Bernardino López, perteneciente al Regimiento de infantería de Córdoba.

Dió la llegada de estos heridos lugar á escenas que pusieron bien de manifiesto los buenos sentimientos del vecindario, dándose el caso de que, al desembarcar en el muelle la tropa, espontáneamente acudiesen muchas personas á llevar las camillas en que iban los defensores de la Patria.

Á aumentar la cantidad necesaria á las atenciones de estos heridos se destinaron los productos de la corrida de toros organizada por el Ayuntamiento, y de que hablé en el capítulo anterior, y con el mismo fin se emplearon los ingresos de una función que tuvo lugar en el teatro de San Fernando, donde aquel año actuaban dos compañías, de ópera italiana una, y de verso la otra, dirigida por el primer actor don José Lozano.

Habíase en 1859 inaugurado la temporada en San Fernando, en 15 de Septiembre, por Lozano, y antes de que comenzara sus tareas la ópera, dió diez ó doce funciones la célebre trágica Adelaida Ristori, que se presentó al público en 21 de Septiembre, siendo objeto de estruendosas ovaciones durante su breve campaña en nuestra Ciudad.

La función benéfica del teatro se celebró en 15 de Diciem-

bre de 1859, con el siguiente programa, que estaba redactado en esta forma:

«Sinfonía á telón corrido.

La *Loa* nueva, original de don Antonio Atadil, en que se cantarán por el coro dos himnos nuevos, música de don Ramón Sousa.

El drama nuevo en tres actos, de don Luís Eguílaz, *¡Santiago y á ellos!*

Himno patriótico, nuevo, letra de don Juan José Bueno, música de don Juan Rodríguez Muela.

Por la señora Alfiori el lindísimo wals de Venzano.

Aria de la ópera *Atila*, por el señor Agresti.

Dúo de la ópera *I Puritani*, por los señores Laurens y Rossi.»

Celebróse la función teatral con arreglo al programa copiado, presentando el teatro un brillante aspecto, no siendo éste el único espectáculo que en San Fernando tuvo lugar, con carácter patriótico, como verá el lector más adelante.

Inaugurado el año 1860 con la batalla de los Castillejos, la primera y más principal de las dadas hasta entonces en la guerra de África, produjo la noticia en Sevilla, al ser comunicada oficialmente, una indecible explosión de júbilo, y sería harto prolijo que entrara á enumerar las señales de alborozo dadas por todas las clases sociales cuando el Gobernador civil, Jiménez de Cuenca, y el alcalde, García de Vinuesa, anunciaron en patrióticos bandos la noticia oficial de la señalada victoria.

El tal Gobernador civil, don Juan Jiménez Cuenca, debía ser funcionario celoso, si los ha habido, y hombre previsor, á quien no le había de coger desprevenido cualquier suceso, y, como tal, en aquellos días precisamente en que la gente andaba más entusiasmada por el triunfo de la batalla de los Castillejos y por las acciones de la laguna de Asur y de Cabo Negro, como si Sevilla estuviera sobre un volcán, y hubiese una conjura para turbar el orden público, envió al alcalde un oficio, el cual no deja hoy de ser curioso, y donde he leido este párrafo:

«Cuando todas las clases de la sociedad rivalizan en desprendimiento y civismo para la consecución del unánime deseo del triunfo de nuestras armas, y todos los matices políticos se agrupan alrededor del trono, posponiendo sus rivalidades en

honor de su pabellón, sería muy sensible que la más rebajada, la que sólo medra de revueltas y trastornos, que, afortunadamente se hallan muy distante de la opinión general, *se prevaliese de la disminución de tropas en nuestras guarniciones y de la ausencia de nuestra valiente Ejército para influir en el ánima de algunas seres degradadas que, por desgracia, nunca fallan, para pramaver alguna intentana,* cuyo exclusivo objeto sería la consumación del pillaje y del vandalismo, etc.»

El prevenido Gobernador terminaba su escrito pidiendo á las autoridades populares que al menor incidente pusiesen á su disposición toda la guardia municipal y que ordenasen reservadamente la formación de una lista de vecincs honrados y de toda confianza, á quienes se pudiese utilizar en caso de alboroto y perturbación del público sosiego.

Estas y otras prevenciones de Jiménez Cuenca no llegaron á tener aplicación; los días de 1859 no eran, ni con mucho, los de 1909, y el pueblo sevillano, bien ajeno á los temores de su Gobernador civil, siguió cantando sus coplas á los héroes de la campaña de Africa, asistiendo solicitos á los soldados heridos y organizando diversas fiestas benéficas, entre las que no faltaron los bailes de máscaras, que pudiéramos llamar patrióticos.

Tal fué el que se dió en el Salón de Oriente el 28 de Enero, y en el cual estuvieron en mayoría los disfraces morunos. ¡Cuántas odaliscas de miriñaque lucieron allí sus gracias, trastornando el juicio á cristianos é *infieles* y causando estragos incalculables en corazones y en bolsillos!

Fija la atención general en las vicisitudes de la campaña fué deslizándose la vida sevillana, hasta que, en los primeros días de Febrero, la noticia de la toma de Tetuán vino á llevar al último extremo los desahogos del entusiasmo público.

Pero lo ocurrido con este motivo merece párrafo aparte.

III

Una función de aficionados.—Corona poética.—La toma de Tetuán.—Entusiasmo patriótico.—El moro Cislán.—Procesión y "Te-Deum".—La calle Tetuán.—Banquete y otros excesos.—Otra corrida de toros.—El Gordito y El Tato.

La afición al teatro en Sevilla era indudablemente antaño más que ahora, y, sobre todo, los aficionados á representar obras teatrales, que puede decirse que hoy escasean y están muy lejos de dedicarse al cultivo de la escena en sociedades caseras con el entusiasmo de otros dias.

Un grupo de señoritas y jóvenes de 1860, algunos de los cuales se distinguieron mucho en el desempeño de determinadas producciones, como el aplaudido autor don Carlos Jiménez Placer, el reputado pintor don Manuel Cabral Bejarano, la distinguida señora del primero, etc., al calor del entusiasmo que produjo la noticia de la batalla de los Castillejos, organizó un espectáculo en el coliseo de San Fernando, que se anunció en la siguiente forma:

«*Teatro San Fernando.*—Función extraordinaria para hoy sábado 14 de Enero, que, á beneficio de los soldados hijos de Sevilla que resulten inutilizados en la campaña de Africa, será ejecutada por una Sociedad de jóvenes aficionados de esta Capital.

Se pondrá en escena el drama en tres actos de don Luís Eguilaz, nuevo en este teatro, *Grazalema.*

En los intermedios de actos, la numerosa orquesta de la brillante Sociedad Filarmónica Sevillana, que se ha prestado gustosa, tocará varias sinfonías.

Se leerán diferentes composiciones, escritas por poetas de la Ciudad en loor de nuestro valiente Ejército expedicionario de África.

Terminará la función con la comedia en un acto *El tío Tararira.*»

De aquel espectáculo, que tuvo un buen resultado práctico para el fin que se perseguía, quedaron satisfechos, así las autoridades como sus organizadores, y ocupándose de él escribía un periódico local estas líneas, que pueden servir como resumen para conocer lo que fué la fiesta:

«Ni una sola localidad quedó vacía, y el entusiasmo del público fué indecible cuando la lectura de las composiciones dedicadas al valor y sufrimiento de nuestro Ejército enardecía al auditorio, realizando toda clase de demostraciones los 44 soldados convalecientes, que, á petición del señor alcalde, asistieron á la función.»

De los versos que allí se leyeron no es cosa de hacer un juicio: autorizaba á aquellos y otros desahogos las circunstancias del momento; pero los autores que aquella noche recibieron el aplauso del público no quisieron que los frutos de su ingenio se perdieran desperdigados en las columnas de la prensa ó en hojas sueltas, y formaron un folleto, cuya descripción bibliográfica ofrezco al lector curioso y es como sigue:

—*Corona poética, dedicada á los soldados heridos en la Guerra de África* con motivo de la función dramática que á beneficio de los mismos tuvo lugar en el teatro de San Fernando por varios jóvenes aficionados, hijos de esta Ciudad, el 14 de Enero de 1860.—Sevilla: Imprenta y litografía de la *Revista Mercantil*, Colcheros, 21.—Cuaderno en 4.º. Contiene: Portada y poesías de Antonia Díaz y Fernández, Juan José Bueno, Narciso Campillo, Demetrio de los Ríos, José Lamarque de Novoa y José Fernández Espino.

En un intermedio de aquella función, decía el diario *La Andalucía* (núm. 638), «coincidió la oportuna llegada de un parte telegráfico, anunciando una victoria del Ejército español en África, comunicación que la autoridad tuvo el feliz pensamiento de leer en el proscenio, y que fué acogida con el entusiasmo que era de suponer.»

La batalla de Tetuán (4 de Febrero), cuyo resultado se supo en nuestra Ciudad bien pronto por los partes dados á conocer por el Gobernador, puede decirse que llevaron al extremo las manifestaciones del público entusiasmo.

Á más de los repiques de campanas, colgaduras, luminarias, exorno de edificios públicos, disparos de cohetes, etcétera, etc., se dieron muestras de patriotismo por todas las clases sociales, que tan interesadas estaban en el buen éxito de la campaña.

La noche en que la noticia de la victoria corrió de boca en boca, lanzáronse á la calle numerosos grupos, dando vivas y agitando banderas, y no hubo en la población lugar donde no fuese él reciente triunfo de las armas españolas el objeto de todo diálogo (3).

Entre los que más se distinguieron entonces por su entusiasmo merece que recuerde á un marroquí, cuya figura era entonces, como lo fué muchos años después, harto conocida en Sevilla, y acerca del cual pudieran escribirse no pocas páginas.

Era este personaje el moro Cislán Barradas, cuya tienda de dátiles y de fajas, pañuelos de seda y otras prendas, situada en la calle Lineros, era característica en la Ciudad, pues desde antes de 1840 ya el buen moro andaba por Sevilla dedicado al comercio y luciendo su entonces arrogante figura en los sitios más públicos y en cuantos espectáculos se daban, fueran éstos de la clase que fueran.

De Cislán, ó mejor dicho, del *moro Cislán*, como le llamaban todos los sevillanos, harán memoria algunos que estas líneas repasen, y aunque aquí pudiera yo traer á cuento más de una anécdota y más de un rasgo picaresco del popular moro y de su hijo, no he de hacerlo por no distraer la atención del principal asunto de estos artículos, limitándome á consignar que en 1860 Cislán se extremó en dar públicas muestras de su amor á España y protestar de la conducta de los infieles, sus paisanos, y por ello la tienda del moro, aquellos días que siguieron á la toma de Tetuán, se veía adornada de banderas con los colores españoles é iluminados sus balcones con farolillos de color, todo lo cual venía, indudablemente, á redundar en bene-

ficio de la venta de fajas y en el despacho de sus dátiles exquisitos, que el marroquí aseguraba gravemente procedían de la huerta *Meleja*, huerta fantástica, que él había forjado, y en cuya existencia creían muchos compradores sencillos.

Usaba Cislán—como recordarán algunos—un traje mitad mahometano mitad europeo, que más parecía disfraz carnavalesco que otra cosa, si bien de nadie llamaba la atención por fuerza de la costumbre. Mientras tocaba su cabeza con un blanco turbante de moderadas proporciones, lucía reluciente camisa de rizados holanes y gruesos botones de oro como la gente maja; y mientras vestía rojos calzones bombachos á la turquesca y chaqueta de colorines, calzaba botas muy pulidas, siendo en él indispensables la pipa de barro, la gruesa cadena de reloj y el bastón de caña con puño de plata, más propio de un torero que de un hijo del Profeta.

Era el moro listo y conocedor de su negocio; desde los tiempos en que la feria de Mairena estaba en su apogeo andaba el hombre por tierras de Sevilla con su tráfico y sus marrullerías, y avecindado en la Capital, gozaba fama de rico, que, como es natural, él y su hijo Mahomed Barradas dejaban correr, aunque á la postre se vino á descubrir que las riquezas del moro eran harto falsas, y una noche desapareció con su gente de la Ciudad, dejando á no pocos acreedores chasqueados y mohinos.

Por algún tiempo la «hegira» de Cislán fué en Sevilla tan famosa como la de Mahoma en la Meca.

En celebración de la batalla del 4 de Febrero se verificó una procesión solemne, que salió de la Catedral, y en la cual era conducida por la autoridad la espada de San Fernando, y sobre andas la notable escultura de la Concepción, obra de Martínez Montañés, figurando en la comitiva el Cardenal arzobispo Tarancón, el Cabildo eclesiástico, el Capitán general marqués de Novaliches y casi todas las autoridades militares y civiles.

Como no podía ser por menos, hubo también solemne *Te-Deum* en el templo, y terminado éste tuvieron las autoridades un opíparo almuerzo-comida, como la invitación decía, que no dejó nada que desear.

En punto á banquetes no fueron pocos los que se celebraron con motivo de la batalla de Tetuán, y entre ellos merece recordarse uno que dió el Círculo de Labradores, al que concurrieron más de 73 comensales; otro que tuvieron los empleados de Bienes Nacionales, el de los jefes y oficiales del batallón Provincial de Huelva y una cena que en los altos del Café de los Lombardos verificaron varios jóvenes aristocráticos, y al final de la cual se presentaron dos de ellos con trajes de moro, trayendo en una bandeja unas llaves, que figuraban ser las de Tetuán, ocurrencia que fué muy celebrada y que prolongó la cena hasta cerca de la mañana.

La noche del 9 de Febrero ocupaba extraordinario concurso el trayecto que existía desde las Casas Capitulares al fin de la calle Colcheros, cuyos edificios lucían colgaduras y farolillos, apiñándose el público, que transitaba con gran dificultad.

Poco después del obscurecer salió del Ayuntamiento una comitiva, en la que figuraban la guardia municipal, gran número de individuos con hachones encendidos, otros que llevaban diversas banderas de los colores nacionales, varios soldados de los que habían regresado heridos de la guerra, y que ya estaban restablecidos, el Gobernador civil, Jiménez Cuenca; el Alcalde, García de Vinuesa, con la mayoría de los concejales, cerrando la marcha la indispensable banda de música, que no daba paz en tocar el Himno de Riego, que entonces no causaba tanta alarma en las autoridades como en estos menguados días.

La comitiva se detuvo ante una de las esquinas de la calle, y después de un breve discurso, el Alcalde descubrió el nombre de *Tetuán*, con que desde entonces quedaba rotulada aquella vía, en que antaño tuvieron sus tiendas los vendedores de colchas y otras prendas.

Dado el título de *Tetuán* á la calle Colcheros, en memoria de la batalla del 4 de Febrero, se propuso cambiar el de la calle de la Muela por el del general en jefe de las tropas en África, O'Donnell, como así se llevó á cabo más adelante, aunque sin la ceremonia propia del caso.

Ya dije que con fines patrióticos se celebró una segunda

corrida de toros, y acerca de ella no quiero pasar en silencio algunos pormenores, pues en estos capítulos voy recordando cuanto ofrecía algo saliente la vida sevillana en los días de la campaña de África.

Esta segunda lidia se efectuó en 12 de Febrero, corriéndose reses de don Miguel Martínez Azpillaga, del Puerto, propiedad entonces de la señora viuda de Larraz, de Sanlúcar, por *Cúchares* y su cuadiilla, leyéndose lo siguiente á la cabeza del cartel de la fiesta, que tengo á la vista:

«*Plaza de Toros de Sevilla.*—Función extraordinaria á beneficio de los hijos de Sevilla y su provincia que resulten inutilizados en la heróica empresa de África, aplicándose parte de sus productos al socorro de los heridos que han tenido y tengan la fortuna de ser enviados para su curación y alivio á esta Ciudad hospitalaria y entusíasta por las glorias nacionales.—El Excmo. Ayuntamiento de esta Capital tiene el orgullo de presidir con su iniciativa una serie de pensamientos patrióticos, que resultan identificados á los sentimientos generosos é hidalgos del pueblo de Sevilla, pueblo siempre digno de sus antiguos timbres, siempre continuador de su brillante historia de sacrificios y expansiones en pro de los grandes intereses del país. Con tales elementos, la Municipalidad está segura de los resultados al emprender funciones públicas, cuyos productos se consagran á objeto tan preferente y humanitario como los que motivan' lo que se anuncia hoy. El célebre diestro Francisco Arjona Guillén (Cúchares) ha brindado al Ayuntamiento el concurso de su cuadrilla á una lidia de toros, á beneficio de los hijos de este pueblo y su provincia, que resulten inutilizados en la jornada de África, y el Cuerpo Municipal, aceptando reconocido tan noble y desinteresada oferta, extiende el socorro hasta que participen de él los heridos que existen y lleguen á esta Capital.»

Asistió á la fiesta un grupo de soldados, convalecientes de sus heridas, y á ellos brindó *Cúchares* la muerte del cuarto toro, que tenía por nombre *Panadero.*

En calidad de espectador concurría á la corrida el diestro Antonio Carmona (el Gordito), y al cambiarse la suerte en el sexto toro de la tarde, fijóse en el torero el público, pidiéndole con insistencia y de manera harto ruidosa que bajase á la arena á clavar banderillas, como él sabía hacerlo.

Resistíase el Gordito á la petición, seguía el clamoreo, y como quiera qne los soldados heridos pidieran también la eje-

cución de la suerte, un grupo de aficionados bajó, casi en volandas, á Carmona y lo llevó hasta la barrera.

Allí *el Gordilo* se quitó la chaqueta que llevaba y se colocó una ceñida y de majo; pusiéronle en la cabeza una gorra de cuartel de uno de los soldados; entregáronle los *palos*, y, ataviado de esta guisa, se dirigió al toro, á quien colocó tres pares de rehiletes al cambio, con precisión admirable, y que le valieron una ovación estruendosa.

Á este último toro de la tarde le dió muerte Antonio Sánchez (el Tato), que fué también muy aplaudido, y, concluida la lidia, hubo un novillo embolado, en el que iba montado un pelele en traje de moro, para dar más regocijo al fin y remate del espectáculo taurino.

IV

Una alocución.—Solemnidad religiosa en la Universidad.—El Carnaval de 1860.—La Plaza Nueva.—Comparsas y cabalgatas.—De Tetuán á Wad-Ras.—La vuelta de las tropas.—El batallón do infantería de León.—Entusiasta recibimiento.—Los húsares de la Princesa.

Los colores de España ondean altivos sobre los muros de Tetuán, y el lábaro católico sustituye á la media luna del falso Profeta. ¡Loor eterno al Dios de los Ejércitos! La ciudad que ayer reconocía por señor al sultán de Marruecos está sometida al dominio de Isabel II, y el Ejército heróico, superando la estación, el terreno, la epidemia, maléficas fiebres y huestes disciplinadas, ha conquistado nuevos lauros con la toma de una plaza importante en el litoral africano. ¡Eterna prez á las armas españolas!, etc., etc.»

Con estas palabras empezaba la alocución que el Ayuntamiento dió al público, á propósito de la ocupación por nuestras tropas de Tetuán, y en dicho escrito invitaba al vecindario á asistir á las solemnidades religiosas que habían de celebrarse en la Catedral, para dar gracias al cielo por tan señalada victoria.

En varios templos de la Ciudad hubo también funciones con el mismo objeto, y de ellas recordaré la que en 18 de Febrero tuvo lugar en la hermosa iglesia de la Universidad Literaria, costeada por el Claustro de profesores, todos los cuales,

con el Rector, asistieron al acto, al que dió más brillantez la presencia de las autoridades y una numerosa concurrencia.

Alegre y regocijado se presentó para la mayoría el Carnaval, que aquel año cayó en los días 19, 20 y 21 de Febrero. No era entonces como ahora enemigo acérrimo el Municipio hispalense de esta fiesta, y prestábale su valioso apoyo, como ocurre en la mayoría de las capitales cultas, y por ello García de Vinuesa se apresuró á dar á conocer oficialmente las diversiones que se preparaban, recabando de los elementos valiosos de la Ciudad el concurso para la mayor brillantez de las carnavalescas diversiones, en las que se proyectaban rifas, bailes en San Fernando y la Lonja, conciertos públicos, comparsas, mascaradas, etc., etc.

No estaba por aquellos años construída aún la fachada de piedra del edificio del Ayuntamiento que da á la plaza de San Fernando (entonces de Isabel II) y aún permanecían en pie restos de los viejos muros del convento de San Francisco, que dividían éste de la casa de la Ciudad.

En lo que hoy ocupa el andén del Ayuntamiento levantóse una amplia galería, que corría desde la esquina de la calle Granada á la de Tintores, y estaban formados allí palcos, adornados con cortinajes, jarrones de plantas y guirnaldas de flores, etc., iluminados por la noche con profusión de estrellas de gas, que eran entonces de una novedad sorprendente.

En aquellos palcos, durante las tardes y noches de Carnaval, tocaba de continuo la banda de música y se veían las más hermosas mujeres y las familias más distinguidas de la sociedad, que acudían allí, invitadas por el Municipio, á presenciar el animado aspecto que la plaza ofrecía.

Fueron aquel Carnaval numerosísimas las máscaras y en extremo variados y pintorescos los disfraces (que en esto había entonces mucho más gusto y cultura que en el día), pudiendo decirse, á juzgar por los datos que he recogido, que las comparsas y estudiantinas que por la Plaza Nueva desfilaron compitieron briosamente en lujo y originalidad...

Claro es que no faltaron entonces los mascarones de corral, y que el *oso*, el tío de *¡Al higui!*, el mocetón cubierto de zaleas ó esteras, el jayán de la tizne y la escoba ó el matrimo-

nio (¿?) que cambiaba los trajes de sexo, harían su presentación en la plaza; pero la mayoría de las máscaras eran propias de la fiesta y de la Ciudad en que se celebraba, dicho sea en honor de la verdad.

Entre las comparsas de aquel año llamó la atención una, formada por los artistas del Circo de Mr. Price, que entonces estaba situado en la Alameda de Hércules, á la salida de la calle Trajano. Los gimnastas, los acróbatas, las *ecuyeres* y los *clowns*, recorrieron las calles montados en caballos con caprichosos disfraces, pidiendo para los heridos de la guerra, que aquellos dias estaban alojados en los exconventos de Capuchinos y los Terceros y en el Hospital de las Cinco Llagas.

Presentóse la alegre cabalgata en la Plaza Nueva las tres tardes, seguida de una música y rodeada de una multitud bulliciosa, siendo aquella una de las notas más salientes que ofreció el Carnaval de 1860.

No he de seguir una por una las acciones de guerra libradas por el Ejército desde la toma de Tetuán hasta la batalla de Wad-Ras, pues necesario me sería repetir que á la noticia de cada uno de estos episodios seguían en Sevilla las manifestaciones de entusiasmo popular. Basta repasar las colecciones de *La Andalucía, El Porvenir, Las Novedades, La Abundancia, La Agricultura, La Cruz* ó cualquiera otra de las publicaciones periódicas que entonces veían la luz en la Capital, para convencerse de que las victorias sucesivas obtenidas en África llegaron á enardecer los ánimos á un punto que hoy no pueden figurárselo muchos.

Firmados los preliminares de la paz, fueron los primeros cuidados de Sevilla atender á perpetuar el recuerdo de la campaña y honrar los héroes de ella; pero antes de ocuparme de los obsequios hechos á los generales O'Donnell y Ríos, de la entrega al Cabildo municipal de la llave de la puerta de Tetuán, del encargo de un lienzo histórico sobre la guerra, y de algunas otras memorias que vengan á completar estos cuadros retrospectivos, haré mención de un episodio, del que se conservó por largo tiempo recuerdo en Sevilla.

El 5 de Mayo de 1866 entró en la Ciudad, de vuelta de África, el primer batallón de infantería de León, que había he-

cho toda la campaña y tomado parte en los más reñidos combates.

Como no pocos de los soldados que regresaban victoriosos eran hijos de Sevilla y de la Ciudad habían partido, el pueblo y las autoridades dispusiéronse á hacerles el más entusiasta recibimiento (4).

Desde bien temprano llenaba las calles, el citado día, bulliciosa multitud, luciendo las casas de la carrera que habían de llevar las tropas, colgaduras y guirnaldas, habiéndose alzado en la puerta de San Fernando, en la calle Génova y á la entrada de la de Sierpes, arcos de triunfo, preparados con el mejor gusto.

Un repique general de campanas anunció la llegada de las tropas á la Cruz del Campo, dirigiéndose entonces á su encuentro el Gobernador civil, el Capitán general y el Ayuntamiento.

Atravesaron los soldados el prado de San Sebastián, que estaba ocupado por gran concurrencia, y al llegar á la puerta de San Fernando se hizo un alto, saludando las comisiones á las tropas, pronunciando allí mismo breves y entusiastas discursos el Gobernador y el Alcalde.

Después siguió el batallón en dirección á la Catedral, comenzando los vivas, los aplausos y los gritos de júbilo que en todas partes se escuchaban.

Llegadas á la Basílica las tropas penetraron en el templo, donde se cantó un solemne *Te-Deum*, terminado el cual, volvieron á seguir la marcha hacia la plaza de San Francisco.

Cerca de cien mil almas reuniéronse allí para presenciar la entrega de la corona de plata que el Ayuntamiento regalaba al batallón, corona que, después de ser bendecida por el Arzobispo, se colocó en la bandera roja y gualda, enseña por la que todos aquellos hombres habían luchado en reñidos combates.

Los acordes de las bandas de música que tocaban el Himno de Riego, los gritos estentóreos, las palabras más patrióticas, atronaban el espacio, en tanto que caía sobre los soldados una lluvia de flores, de hojas, de versos y de palomas.

Comenzó la tropa á atravesar la calle de las Sierpes, y

durante aquel tránsito puede decirse que el entusiasmo llegó al colmo; las señoras agitaban sus pañuelos, los hombres sus sombreros, arreciaban los vivas y muchos patriotas abrazaban y besaban á los soldados, á quienes entregaban cigarros, dinero y objetos varios.

Más de media hora tardó el batallón en pasar la calle, siendo objeto de iguales manifestaciones en la Campana, en la plaza del Duque y hasta llegar al cuartel.

Al tránsito de la tropa arrojáronse multitud de composiciones, que llevaban la firma de conocidos poetas de la Ciudad, entre las cuales figuraba la de don Narciso Campillo, que iba al pie del siguiente soneto:

Si el generoso pueblo sevillano
arcos triunfantes por doquier levanta,
y en voces mil alborozado canta
la gloria y el esfuerzo soberano,
es porque más allá del Oceano,
ardiendo de entusiasmo en llama santa,
abatió el español bajo su planta
la cólera tenaz del africano.
Y hoy á sus hijos en su amante seno
le recibe al tornar de la pelea,
donde mostraron corazón sereno.
¡Oh, que la Europa con asombro vea
á España erguida, humilde al agareno,
y este insigne laurel eterno sea!

El día 10 de aquel mismo mes de Mayo entraba en Sevilla el batallón de húsares de la Princesa, siendo objeto de iguales manifestaciones, ó mayor si cabe, despertando el general entusiasmo, al paso de las tropas, la presencia del célebre cabo Pedro Mur, el heróico soldado que, en memorable acción, había llegado hasta tocar el campamento marroquí, dando muerte á varios enemigos y cogiendo una bandera que, como glorioso trofeo y testimonio de su valor, presentó á sus jefes (5).

V

La llave de la puerta de El Okla.—Entrega solemne.—Una carta del general Rios.—Su fallecimiento.—Propósitos de traer el cadáver á Sevilla.—Regalo á los generales O'Donnel y Rios.—Una pulsera.—Carta curiosa.—El bastón de O'Donnell.—Lo que escribió á Sevilla el duque de Tetuán.—El panteón de los soldados de África.—El héroe anónimo.

En el rico Archivo Municipal de Sevilla se conserva una tosca llave de hierro, encerrada en una caja de madera, convenientemente dispuesta y pintada con numerosos adornos de colores.

Esta llave perteneció á la puerta de Tetuán llamada puerta de El Okla y fué donada á Sevilla en recuerdo de la campaña por el capitán general de Andalucía don Diego de los Rios en 1860.

Deseaba este general traer personalmente de la población conquistada á los moros la llave para que la Ciudad la conservara; pero reteniéndole en África su cargo de general en jefe de las tropas que ocupaban á Tetuán, y no queriendo demorar la entrega del presente, dió la comisión al comandante don José Nicolau, para que emprendiera el viaje á Sevilla, siendo portador de la llave y de una carta en la que Rios ofrecía el histórico objeto.

En efecto, llegó á nuestra Capital Nicolau, y apresuróse el Municipio, previo los correspondientes acuerdos, á señalar dia y hora para la entrega de la llave con la debida solemnidad.

El 8 de Mayo, á las doce de la mañana, se hallaban reunidos en la sala capitular el Gobernador civil, don Mario de la Escosura (que había sustituido á Jiménez Cuenca); el Alcalde interino, don Matías Ramos Calonge; el Arzobispo de la diócesis, señor Tarancón; el Rector de la Universidad, don Antonio Martin Villa; los concejales, diputados provinciales, títulos del reino, representaciones de la Maestranza, Academias, Centros, Corporaciones y periódicos de la localidad, y otras muchas personas invitadas al efecto. Como se ve, dejó de asistir al acto el Capitán general, marqués de Novaliches, excusándose con el motivo de no haber recibido instrucciones para ello del Ministro de la Guerra.

No fué este el primer rozamiento que el Ayuntamiento y Novaliches tuvieron, y desde que el general ocupó el puesto que para mandar en la campaña de Marruecos habia dejado don Diego de los Ríos, fueron varios los tiquis miquis y cuestiones de etiqueta que hubo entre el Alcalde y la autoridad militar, deduciendo del examen de los documentos que he leído que las relaciones entre ambos no eran de las más cordiales (6).

A la hora que apuntado dejo más arriba una comisión del Municipio, formada por los señores Adalid, Espinosa, Jácome del Campo, Puig y conde de la Mejorada, se dirigió en carruajes á la fonda de Madrid, donde el comandante Nicolau se hospedaba, y con él volvió al Ayuntamiento, siendo recibido á la puerta de la plaza de San Francisco por la diputación oportuna, mientras las campanas de la Giralda daban un repique y tocaba una música, colocada en las galerías altas de las Casas Capitulares.

Entró Nicolau en la sala de cabildo, donde todos aguardaban, y después de las frases de cortesía, abrió, á la vista de los congregados el pliego de que era portador, y dió lectura á su texto, que decía así:

«Excmo. Señor: La noble y elevada misión que nuestra amada reina doña Isabel II y la Patria confiaran al Ejército al pisar el suelo de África queda realizada. La memorable batalla del 4

de Febrero le abrió las puertas de Tetuán, y esta fecha, con las de los brillantes combates ocurridos anteriormente, las transmitirá la historia á las de los antiguos y gloriosos timbres de la noble España.

Dos días después, por disposición del ilustre caudillo del Ejército, merecieron las tropas de mi mando la honrosa distinción de ocupar y guarnecer la ciudad árabe, haciendo que la bandera nacional ondease en las almenas del castillo de la Alcazaba.

Reeuerdo tan glorioso merece que se perpetúe eternamente, y ningún testimonio más auténtico puede comprobarlo tanto como la llave de *El Okla*, hoy de *la Reina*, que esa digna Municipalidad recibirá con este escrito en una caja construída al efecto.

Consérvela V. E. para cuando la posteridad se la reclame, y posea ese trofeo más la Ciudad que guarda otros tradicionales y de gran estima, que revelan importantes acontecimientos de nuestra historia.

Así se lo comuniqué respetuosamente al digno general en jefe, de quien he obtenido el oportuno permiso para esta donación, dispensándome al otorgarlo el más señalado obsequio. Sírvase V. E. aeeptarla y no ver en ella más objeto que manifestar mi gratitud á nuestra Reina por haberme colocado al frente de ese distrito militar, y como una demostración de sincero y verdadero afecto á los leales habitantes de Sevilla.—Tetuán 15 de Marzo de 1860.—*Diego de los Ríos.*»

Después presentó Nicolau la caja con la llave y un dibujo al lápiz, ejecutado por Velasco, en el que se veía la puerta de *El Okla*, por donde las tropas españolas entraron, y tras otras ceremonias que en el acta, que á la vista tengo, constan, se retiró el emisario del general, al cual el Cabildo aquella noche invitó á su palco presidencial en el teatro San Fernando y obsequió á última hora con una serenata.

No tuvo el general don Diego de los Ríos, que tanto estimaba á Sevilla, la satisfacción de recibir la copia del acta de aquella solemne entrega, como dispusiera el Municipio, pues el valiente soldado falleció en Tetuán el 9 de Julio de 1860, causando esta noticia gran sentimiento en la Ciudad, y su Ayuntamiento, después de envíar sentido pésame á la viuda, celebró solemnes funerales en la Catedral el día 16 por el alma del finado, y reclamó, por iniciativa del erudito escritor don Francisco M.ª Tubino, que los restos mortales fuesen traídos á Sevilla para darles sepultura en la Catedral, cosa que se hubiese verificado á

En efecto, llegó á nuestra Capital Nicolau, y apresuróse el Municipio, previo los correspondientes acuerdos, á señalar día y hora para la entrega de la llave con la debida solemnidad.

El 8 de Mayo, á las doce de la mañana, se hallaban reunidos en la sala capitular el Gobernador civil, don Mario de la Escosura (que habia sustituido á Jiménez Cuenca); el Alcalde interino, don Matias Ramos Calonge; el Arzobispo de la diócesis, señor Tarancón; el Rector de la Universidad, don Antonio Martin Villa; los concejales, diputados provinciales, títulos del reino, representaciones de la Maestranza, Academias, Centros, Corporaciones y periódicos de la localidad, y otras muchas personas invitadas al efecto. Como se ve, dejó de asistir al acto el Capitán general, marqués de Novaliches, excusándose con el motivo de no haber recibido instrucciones para ello del Ministro de la Guerra.

No fué este el primer rozamiento que el Ayuntamiento y Novaliches tuvieron, y desde que el general ocupó el puesto que para mandar en la campaña de Marruecos habia dejado don Diego de los Rios, fueron varios los tiquis miquis y cuestiones de etiqueta que hubo entre el Alcalde y la autoridad militar, deduciendo del examen de los documentos que he leído que las relaciones entre ambos no eran de las más cordiales (6).

A la hora que apuntado dejo más arriba una comisión del Municipio, formada por los señores Adalid, Espinosa, Jácome del Campo, Puig y conde de la Mejorada, se dirigió en carruajes á la fonda de Madrid, donde el comandante Nicolau se hospedaba, y con él volvió al Ayuntamiento, siendo recibido á la puerta de la plaza de San Francisco por la diputación oportuna, mientras las campanas de la Giralda daban un repique y tocaba una música, colocada en las galerías altas de las Casas Capitulares.

Entró Nicolau en la sala de cabildo, donde todos aguardaban, y después de las frases de cortesía, abrió, á la vista de los congregados el pliego de que era portador, y dió lectura á su texto, que decia así:

«Excmo. Señor: La noble y elevada misión que nuestra amada reina doña Isabel II y la Patria confiaran al Ejército al pisar el suelo de África queda realizada. La memorable batalla del 4

de Febrero le abrió las puertas de Tetuán, y esta fecha, con las de los brillantes combates ocurridos anteriormente, las transmitirá la historia á las de los antiguos y gloriosos timbres de la noble España.

Dos días después, por disposición del ilustre caudillo del Ejército, merecieron las tropas de mi mando la honrosa distinción de ocupar y guarnecer la ciudad árabe, haciendo que la bandera nacional ondease en las almenas del castillo de la Alcazaba.

Recuerdo tan glorioso merece que se perpetúe eternamente, y ningún testimonio más auténtico puede comprobarlo tanto como la llave de *El Okla*, hoy de *la Reina*, que esa digna Municipalidad recibirá con este escrito en una caja construida al efecto.

Consérvela V. E. para cuando la posteridad se la reclame, y posea ese trofeo más la Ciudad que guarda otros tradicionales y de gran estima, que revelan importantes acontecimientos de nuestra historia.

Así se lo comuniqué respetuosamente al digno general en jefe, de quien he obtenido el oportuno permiso para esta donación, dispensándome al otorgarlo el más señalado obsequio. Sírvase V. E. aceptarla y no ver en ella más objeto que manifestar mi gratitud á nuestra Reina por haberme colocado al frente de ese distrito militar, y como una demostración de sincero y verdadero afecto á los leales habitantes de Sevilla.—Tetuán 15 de Marzo de 1860.—*Diego de los Ríos.*»

Después presentó Nicolau la caja con la llave y un dibujo al lápiz, ejecutado por Velasco, en el que se veía la puerta de *El Okla*, por donde las tropas españolas entraron, y tras otras ceremonias que en el acta, que á la vista tengo, constan, se retiró el emisario del general, al cual el Cabildo aquella noche invitó á su palco presidencial en el teatro San Fernando y obsequió á última hora con una serenata.

No tuvo el general don Diego de los Ríos, que tanto estimaba á Sevilla, la satisfacción de recibir la copia del acta de aquella solemne entrega, como dispusiera el Municipio, pues el valiente soldado falleció en Tetuán el 9 de Julio de 1860, causando esta noticia gran sentimiento en la Ciudad, y su Ayuntamiento, después de enviar sentido pésame á la viuda, celebró solemnes funerales en la Catedral el día 16 por el alma del finado, y reclamó, por iniciativa del erudito escritor don Francisco M.ª Tubino, que los restos mortales fuesen traidos á Sevilla para darles sepultura en la Catedral, cosa que se hubiese verificado á

no oponerse á ello el estado en que el cadáver llegó á Barcelona procedente de Ceuta.

Don Diego de los Rios y Rubio, nacido en Antequera en 1817, fué bravo y pundonoroso militar que desde muy joven figuró en el Ejército, y Sevilla tuvo para él marcadas señales de distinción y aprecio, que no se limitaron en éstas que mencionadas dejo.

Habíase en Marzo de 1860, por iniciativa de García de Vinuesa, abierto una suscripción para hacer un obsequio á los generales O'Donnell y Ríos; pero muerto este último cuando se disponía el Ayuntamiento á regalarle una espada, se acordó, con la cantidad destinada al efecto, hacer á su señora viuda, doña Adelaida Nicolau, un presente, en recuerdo del malogrado militar.

Al efecto, el regidor don Francisco de B. Palomo, erudito historiador de *Las Riadas*, comisionado para el caso, ofreció á la distinguida dama una valiosa pulsera de oro, brillantes y diamantes rosas, con esmalte azul, y en la cual figuraba un medallón, donde iba primorosamente ejecutado un retrato del general Ríos.

De cuánto la dama agradeció aquel obsequio, da buena prueba la siguiente carta que, con una comunicación escrita de la misma mano, dirigida al Cabildo de la Ciudad, se leyó en la sesión del 3 de Febrero de 1861, y que, por su curiosidad, reproduzco:

«*Sr. D. Juan J. García de Vinuesa.*—Muy señor mío y de todo mi aprecio: He tenido la honra de recibir su sentida y atenta carta, y el señor don Francisco de Borja Palomo tuvo la bondad de entregarme la preciosa joya, con el retrato de mi inolvidable esposo, que era el más delicado presente que podía hacerme esa distinguida Corporación Municipal. Mis hijos y yo la conservaremos con piadosa solicitud como una muestra del aprecio con que han favorecido las clases todas de esa ilustre Ciudad al malogrado general, cuya familia considerará siempre esta muestra de afecto que recibe de los sevillanos como la más noble herencia que podía serle trasmitida. Reciba usted y los dignísimos señores que el pueblo ha elegido con tanto acierto para ponerlos á su frente las más expresivas gracias en mi nombre y en el de mis hijos, y crea no olvidará nunca sus bondades su afectísima s. s. q. s. m. b.—*Adelaida Nicolau*, viuda de Rios.

Madrid 12 Diciembre 1860.»

Aquella joya que regaló Sevilla ha sido cariñosamente conservada por la familia del general Ríos, y hoy la guarda con gran estima su hijo, el jefe del Estado Mayor Central del Ejército, don Diego de los Ríos y Nicolau, gobernador militar que fué de esta población no hace muchos años.

El regidor síndico visitó también por aquellos días á O'Donnell, y en su visita entregó al Duque de Tetuán un rico y artístico bastón de mando, construido en Sevilla y destinado á patentizar la admiración hacia el vencedor de la campaña de Marruecos.

Era el bastón de carey y el puño de oro, guarnecido de brillantes; ostentaba varias figuras alegóricas, y tenía en la parte superior una tapa, en la que iba grabada esta inscripción: *Sevilla al Excmo. Sr. D. Leopoldo O'Donnell, general en jefe de los Ejércitos españoles victoriosos en África*; figurando en el interior otras palabras harto expresivas en elogio del caudillo.

Hizo el dibujo de este puño el escultor don Vicente Hernández, ejecutándose la obra por el diamantista Aime Modove, y costó el total del bastón, con la caja de palo santo donde iba guardado, 10.928 reales y 50 céntimos, según la nota que en el expediente consta.

Apenas O'Donnell recibió el obsequio de Sevilla, se apresuró á dar las gracias á la Ciudad en este escrito, inédito hasta ahora, como los que dejo arriba copiados:

«*Presidencia del Consejo de Ministros.*—Con suma complacencia he recibido de manos del regidor síndico de ese Excmo. Ayuntamiento el bastón que la invicta Ciudad de Sevilla me ha dedicado por la parte en que he podido contribuir á las glorias de nuestro Ejército en la campaña de Africa. Al aceptarle, ruego á V. E. se sirva expresar en mi nombre á esa ilustre Corporación los sentimientos de gratitud de que me hallo animado por tan honrosa distinción, y el recuerdo lisonjero que habré de conservar siempre de esta espontánea prueba que, principalmente, debo á la proverbial galantería de los hijos de ese suelo privilegiado.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 27 de Noviembre de 1860.—*Leopoldo O'Donnell.*»

Si para los generales y jefes victoriosos tuvo obsequios Sevilla, si para los soldados que volvieron llenos de júbilo hubo fiestas y agasajos, justo era que la Ciudad no olvidase á los

que en la lucha habían sucumbido, y piadosamente diera asilo á los restos de aquellos sus hijos muertos en el cumplimiento del deber (7).

Por eso acordó erigir en el cementerio de San Fernando un monumento fúnebre, en el cual yacen los sesenta soldados muertos en esta Capital desde el 25 de Diciembre de 1859 hasta el 25 de Julio de 1860, á consecuencia de las heridas que recibieran en los combates con las tropas del emperador Sidi-Mohamed.

Consta el dicho monumento de una escalinata, sobre la que se levanta un zócalo liso y un ancho pedestal con cuatro lápidas, en las cuales están grabados los nombres de los que allí reposan, y una inscripción laudatoria de los mismos. Tiene el pedestal su correspondiente cornisamento y encima se eleva una columna, en cuya base se ostentan, en relieve, los atributos del valor y la victoria. Rodea, por último, el mausoleo una sencilla verja, y préstanle hoy sombra varios cipreses corpulentos.

La inscripción grabada al frente del mausoleo dice de este modo:

«Aquí yacen sesenta y un soldados muertos en esta Ciudad de las heridas que recibieron en Africa peleando como buenos por la honra de la Patria, en guerra contra los moros. Para conservar á las generaciones venideras el glorioso recuerdo de su heroico valor, Sevilla erigió este sepulcro. 1860.»

Los nombres de los obscuros héroes, cuyos restos allí descansan, son los siguientes:

Bernardino López, Valentín Montero, José Medialdea, Nicolás Carbó, Salvador Berenguer, Antonio Tortosa, Francisco Pacheco, Francisco Luna, Tomás Moreno, Lorenzo Villalonga, Antonio Montaña, José Olisilla, Antonio Garpallo, José Gascón, Tomás Castro, Juan de Mina, Felipe Beltrán, Domingo Ruisón, Manuel González, Gil Rubio, Gaspar Rodríguez, León Iribarren, Pedro Puente, José Cubillas, Leocadio Calleiro, Antonio Sotelo, Juan Hibias, Francisco Guirado, Domingo Pardo, Santiago Miguel, Tomás Grinade, Joaquín Márquez, Francisco Panadero, Pedro Sánchez, Saturnino Baras, Andrés Paz, Diego Camacho, Salustiano Alonso, José Pastoriza, José López, José Montoto, Bartolomé Riaño, Blas Morales, Calixto

Pinillas, Ramón Hernández, Francisco Parellada, Fabián Fernández, Andrés Lareno, Santos Ramos, Andrés Mateo, Miguel Sietre, Mateo García, Benito Rodriguez, Julián Plaza, Francisco Vázquez, Fulgencio Fernández, Ramón La-Cumba, Valeriano Álvarez, Rufino Iberias, Domingo Tornos y Antonio Caldero y Taberner.

El arquitecto don José de la Coba trazó el proyecto del mausoleo, que se aprobó en Cabildo celebrado por la Ciudad en Noviembre de 1861, comenzando los trabajos de levantar el panteón á fines del año siguiente y terminándose en Julio de 1864 por el contratista de la obra, don José Frápolli. Para no cansar con más datos, apuntaré que la obra, en total, costó al Ayuntamiento más de 41.391 reales, y que en la reparación general que se llevó á cabo en 1870 se invirtieron 1.793 pesetas, próximamente.

El primer soldado que allí recibió sepultura fué Bernardino López, perteneciente á la segunda compañía del segundo batallón del regimiento de Córdoba, muerto el 25 de Diciembre de 1859, como ya dije en el primero de estos capítulos. De la batalla de Tetuán yace allí el soldado Felipe Beltrán, de quien se dijo que «se le vió luchando con denuedo inimitable hasta que pudo ponerse en pie, y que su comportamiento fué el de todo un héroe...» El subteniente del regimiento de África don León Iribarren, que, después de tomar parte en diferentes acciones, cayó mortalmente herido por el plomo enemigo, también allí descansa, y entre los demás citaré á Tomás Moreno, soldado del regimiento de León, que mereció que su entierro se verificase con gran pompa, acudiendo á él el Ayuntamiento, representantes de varias corporaciones y numeroso concurso...

VI

Al concluir.—La sublevación de San Carlos de la Rápita.—Proyectos de un Asilo, una columna de honor y una escuadra.—Un cuadro de historia.—El pintor Domínguez Bécquer y su lienzo **La paz de Wad-Rás.**—Demora de la entrega. Once años.—Últimos recuerdos.

Con las presentes líneas pongo término á estos capítulos, en los que he reunido los más salientes hechos de Sevilla relacionados con la guerra de África. Consultando voluminosos expedientes de engorrosa lectura, rebuscando aquí y allí sueltos pormenores, acudiendo á colecciones de periódicos y á papeles diversos, he intentado bosquejar un cuadro de aquellos días de 1859 y 1860 en que la antigua Capital de Andalucía, como España entera, palpitó jubilosa por el triunfo de sus armas en Marruecos

Una sola nota discordante hubo entonces: la intentona carlista de San Carlos de la Rápita, que, indudablemente, debió en parte su rápido fracaso á la inoportunidad de los momentos escogidos para la sedición...

Que ésta hubiera sido vencida, es indudable; pero su vencimiento fué más rápido por las circunstancias en que se lanzaba el grito en favor del Pretendiente.

Fusilado el general Ortega y dispersos los cabecillas del alzamiento, ocultáronse muchos de los comprometidos en la

intentona, en la cual hubo algo de obscuro y misterioso, que aún no ha podido por completo esclarecer la investigación histórica, después de medio siglo.

Mas no es aquí lugar para este asunto. Condenó Sevilla el alzamiento carlista con protestas inspiradas en patrióticos fines, y los partidarios del Pretendiente que en la Ciudad había, pasados los primeros momentos de estupor, apresuráronse á justificar su ninguna participación en el fracasado movimiento.

¡Buenos eran los días aquellos para andarse con ostentaciones de carlismo! ¡Buena era la ocasión para pensar en revueltas!

Precisamente cuando las noticias de la sublevación del general Ortega llegaron á Sevilla andaban muchos preocupados con tres proyectos, que habían sido presentados al Municipio, y que, aunque se acogieron con entusiasmo, vinieron á quedar sólo en proyectos.

Era el primero, fundar en la Ciudad un Asilo para sostener durante sus dias á los soldados, hijos de Sevilla, que quedasen inútiles en Marruecos; el segundo, levantar en sitio público una gran columna de honor, en recuerdo de la campaña, con los cañones que se habian cogido á los moros en la toma de Tetuán, y el tercer proyecto era nada menos que se solicitase de la Reina autorizara á las Diputaciones y Ayuntamientos de España para que de los fondos que tuviesen disponibles y las suscripciones que abriesen al efecto costease cada provincia un buque de guerra, que llevaría el nombre de la capital correspondiente.

Á la vista tengo el expediente de este irrealizable proyecto, por el cual se quería dotar á la Marina de cuarenta y nueve buques, de un modo fácil y sencillo, según creyeron muchos al principio, y de la lectura de aquellos papeles se deduce, por las comunicaciones enviadas por las provincias y otros datos, que, apenas se dieron los primeros pasos, tocáronse las insuperables dificultades para la realización de la empresa.

Sevilla, desde luego, se dispuso á reunir dinero para costear el barco que había de llevar su nombre, y paréceme del caso decir que fueron los primeros en ofrecer cantidades

don José Pagés y don Benito Ferrer, que se suscribió cada uno por diez mil reales.

Mas dejaré de ocuparme de tales proyectos, que nada fueron, para hablar de otro que tuvo realización, aunque tardía.

Á raíz de la toma de Tetuán, deseando el Ayuntamiento perpetuar el recuerdo de la campaña, acordó pintar un cuadro en el que apareciesen los retratos de los vencedores en África, y modificado meses más tarde el primitivo pensamiento, se convino en que el proyectado cuadro representase la entrevista de O'Donnell con Muley el Abbas para firmar los preliminares de la paz, acto que tuvo lugar en Marzo de 1860, y que, al ser trasladado al lienzo, daba ocasión á que apareciesen las figuras de los generales del Ejército expedicionario, testigos de aquella escena.

Vivía en Sevilla por entonces el pintor don Joaquín Domínguez Bécquer (tío del gran poeta) y gozaba este profesor de estima y crédito, mayor del que en realidad merecía, pues, en honor de la verdad, Domínguez Bécquer fué artista de pocos vuelos, y aunque dibujaba bien el natural, era pésimo colorista y amanerado en sus composiciones. No tenía el pincel de Domínguez Bécquer la gentil franqueza del de don Antonio Bejarano, ni el profundo conocimiento del de don Antonio María Esquivel, ni el vaporoso atractivo del de don Eduardo Cano; antes bien, era seco y duro, faltándole espíritu á cuantas creaciones salían de sus manos.

Á Domínguez Bécquer (nacido en 1817 y muerto en 1879) se encargó la ejecución del cuadro con que Sevilla quería perpetuar el recuerdo de uno de los hechos de la campaña, y se convino en abonar por la pintura 45.000 reales, cantidad que sería entregada en tres años, recibiendo el artista el primer plazo al comenzar la obra.

Para que en el cuadro aparecieran los retratos de los generales, pidióse á éstos sus fotografías, remitiéndolas con atentas cartas O'Donnell, Zabala, Quesada, Alcalá Galiano, Latorre, Rios, Gasset, etc., sin que tenga noticias de que las enviasen Prim, Ros de Olano, Makemna y otros, de quienes también se solicitó.

En 30 de Junio de 1861 Domínguez Bécquer presentó el

boceto del cuadro *La paz de Wad-Rás*, que fué aprobado por cuantos lo vieron, y seguidamente emprendió el artista la obra definitiva.

Entre la multitud de curiosidades, láminas y pinturas que el señor Duque de T'Serclaes conserva en su rica y numerosa biblioteca, he tenido ocasión de ver un *álbum* de apuntes, originales de don Joaquín Domínguez Bécquer, ejecutados á lápiz, á pluma y á la aguada. Entre aquellos trabajos existen dos dibujos, bocetos primitivos para el cuadro *La paz de Wad-Rás*, que fueron los que el pintor llevó á cabo antes de poner manos al lienzo.

En estos dibujos, hechos sobre cuadrícula, está ya fijada la forma en que iba á representarse la escena, si bien posteriormente hubo modificaciones en los personajes, como un soldado de caballería, que aparece en primer término, y varios militares. También existen en el citado *álbum* cinco retratos á la aguada, de Ros de Olano, Prim, Zabala, Gasset y don Enrique O'Donnell, algunos precisamente de los que no remitieron sus fotografías.

La pintura de Domínguez Bécquer, tal como éste la ejecutó, tiene 5 metros y 87 centímetros de largo, por 3 y 17 de alto, siendo las figuras de tamaño natural.

En el centro de la composición aparecía O'Donnell. á la puerta de su tienda de campaña, en actitud de saludar al hermano del emperador Sidi Mohamed, Muley el Abbas, que se inclinaba reverente ante el general español. Detrás de O'Donnell veíanse agrupados los generales y su Estado Mayor, y, á la derecha del espectador, se encontraban varios guerreros y jefes moros, completando el conjunto soldados españoles, y extendiéndose en el fondo el campo marroquí, donde, en último término, se descubrían figuras y tiendas de campaña.

Aunque la escena se desarrollaba al medio día y en plena luz africana, el pintor anduvo tan lejos de la realidad, que dió á su obra un tinte obscuro y sombrío, completamente falso y que estaba denunciando á leguas que la obra no salió para ejecutarse de los muros del *estudio* del artista.

Siete años hacía que don Joaquín Domínguez Bécquer

había dado comienzo al cuadro, y ya llevaba cobrados dos tercios de la suma total, sin que el Ayuntamiento lograra ver terminada la obra, por lo cual, en Julio de 1868, los concejales señores Geofrín, López Cepero y Villalba pasaron á avistarse con el pintor, el cual; después de encarecer mucho su propio trabajo, y dar él mismo gran importancia á los estudios que había hecho, propuso se le concediese un plazo de seis meses para dar por terminado su lienzo. No quedó esto cumplido, como razón era. Hubo nuevas peticiones de prórroga por parte del artista, y nuevas concesiones, con lo que fué pasando el tiempo, hasta llegar al año 1870, en que, cansados ya los ediles por las informalidades del pintor, acordaron que si en Julio de aquel año no entregaba el cuadro, se le obligaría á reintegrar al Caudal de Propios la cantidad de treinta mil reales que tenía percibidos, con los correspondientes intereses legales.

Esta determinación hizo, como es natural, su efecto en Domínguez Bécquer, quien puso el grito en el cielo y envió un oficio á la Ciudad, todo agraviado, comprometiéndose á terminar la obra en un nuevo plazo, mientras bajo cuerda trabajaba con amigos influyentes para que lo de la devolución del dinero no prosperase, y se admitieran como buenos los pretextos que daba justificando su tardanza en poner fin al cuadro.

Al cabo tuvo éste conclusión, y tras no pocas gestiones y diligencias, en Octubre de 1872 se hizo cargo del lienzo la Ciudad, tras once años de haberlo mandado pintar, y previo un informe de la Academia de Bellas Artes, que firmaron los señores Barrón, Boutelou y don Eduardo Cano, en cuyo informe estuvieron harto benévolos al juzgar la pintura de Domínguez Bécquer, que algún tiempo después fué colocada en los muros de la escalera principal del Ayuntamiento, donde hoy está expuesta, si no á la admiración, á la curiosidad de los visitantes.

Tal fué, en resumen, la historia del cuadro *La paz de Wad-Rás* con que Sevilla quiso perpetuar en el arte la memoria de aquella campaña, debiendo, para terminar estos datos, añadir que hacia 1880 se hizo una copia de este lienzo para el

Ministerio de la Guerra, que fué ejecutada por el pintor sevillano don José Chaves y Ortiz, mi inolvidable padre...

Y aquí concluyo (8). Aunque sé que otras memorias quedan en nuestra Ciudad de la guerra, no he de mencionarlas ya, pues mi propósito al comenzar estos capítulos fué, como repito, evocar algo de un pasado que ahora tiene cierta actualidad. Si los que viven aún de aquel tiempo de la campaña de África han encontrado en estos párrafos pintado con mediano acierto el ambiente de los días de 1859 y 60 y las personas amantes de nuestra Historia han visto alguna curiosidad en los documentos inéditos que dejo reproducidos, quedarán satisfechos los propósitos que me movieron á tomar la pluma.

1909.

NOTAS

(1) Según noticias que en 1859 publicaron los periódicos, las veinticuatro piezas de artillería que costeó la Real Maestranza, importaron 500.000 reales. En el curioso é interesante libro *Historial de fiestas y donativos, Indice de caballeros y reglamento de uniformidad de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla*, escrito por el secretario de esta Corporación, don Pedro de León y Manjón, se inserta la solicitud á Isabel II, pidiendo el permiso para costear las piezas en la forma que se deseaba, y se publican otros documentos relativos al particular, diciendo lo siguiente respecto al destino que tuvieron los cañones en la guerra:

«...En las veinticuatro piezas de artillería fué grabada la inscripción que queda dicha, siendo inmediatamente remitidas al teatro de la guerra, con sus montajes, cajas de municiones y bastes, en donde se destinaron al servicio del primer cuerpo de Ejército, que mandaba el mariscal de campo don Rafael Echagüe, poniéndose al frente de ellas el bizarro comandante graduado don José López Domínguez, que á tan altos puestos había de llegar más adelante, y siendo utilizadas en cerca de veinte acciones de guerra, principalmente en el famoso combate de Guad-el-Gelú, ocurrido en 31 de Enero, en que jugaron papel importante... Posteriormente las expresadas piezas fueron utilizadas en el segundo cuerpo de Ejército, mandado por el heróico general Prim, en donde continuaron hasta la terminación de la guerra.» (Pág. 179.)

(2) Repasando colecciones de periódicos sevillanos, hojas sueltas y papeles diversos sevillanos, de 1859 y 60, he encontrado gran número de poesías dedicadas á la campaña, y noticias de otras obras literarias.

Por no cansar con una dilatada lista bibliográfica de todas estas producciones locales, sólo daré como muestra los títulos y escritores de las siguientes:

Al heroismo del Ejército español. ¡Viva España!—(Sin nombre de impreso). Sevilla 5 de Mayo de 1860.—Una hoja en folio con orla.

Á la entrada en esta Ciudad del regimiento de húsares de la Princesa, etc... (Soneto con pie forzado) por C. F. J.—(Imprenta de *El Porvenir,* 1860). Una hoja.

Al Ejército expedicionario de la campaña de Africa, por R. B. de S

Al Ejército español y á su Caudillo, soneto, por don Demetrio de los Rios.

Octava real, por D. M. D. Castillo.

Improvisación con motivo de la toma de Tetuán.

Á la tropa española en la toma de Tetuán, por Juan P. de Guzmán.

Letrilla patriótica española, por Federico Justino Ruiz.

Ofrenda para la guerra de Africa, octava, por Antonio González Granado.—Sevilla, Noviembre 1859.

La guerra contra Marruecos, oda, por don José Montadas.

Al Ejército expedicionario de Africa con motivo de los dias de nuestra señora doña Isabel II, oda, por don José Fernández Espino.

La toma de Tetuán, drama en tres actos y en verso, original de don Manuel Díaz Castillo.—Se estrenó en el teatro de San Fernando el 16 de Febrero de 1860.

Al Ejército español.—Fé, Esperanza y Caridad, octavas reales, por don Miguel Alcántara.

Al Ejército expedicionario, oda, por don José Alberto González (12 Noviembre 1859).

Himno á las tropas españolas con motivo de la guerra contra los marroquíes, por don José Ojeda y Crespo.

¡España!, romance corto, por don José Gómez y Calle.

Al Africa, comedia en dos actos, original de don Ramón Lón de Compañy.—Sevilla: Imprenta de «Las Novedades», calle de Colcheros números 26 y 27. Folleto en 4.º, 52 páginas.

En el número 609 del diario *La Andalucia,* correspondiente al 15 de Noviembre de 1859, se publicó en folletín un extenso artículo de crítica, firmado por don A. Benavides, dando cuenta del estreno de la comedia del señor Lón de Compañy.

(3) La primera noticia de la batalla de Tetuán fué remitida al Ayuntamiento en la mañana del dia 5 de Febrero,

por el Gobernador civil, en el siguiente oficio, que copio de su original, con las actuaciones que le siguen:

«*Gobierno de la Provincia.*—El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, en parte telegráfico de hoy, me dice lo que sigue:

Campamento enemigo 4 de Febrero á las cuatro y treinta de la tarde.—Batalla y gran victoria. El Ejército, después de un cañoneo en que la Artillería ha jugado con su acierto de siempre, ha tomado las posiciones del campamento enemigo, con sus tiendas de campaña, siete piezas de artillería y otros varios efectos de guerra.—Ha sido un día de gloria para la Reina, la Patria y el Ejército.—Grandes pérdidas en el enemigo, habiéndose encontrado muchos muertos en sus trincheras. —La plaza de Tetuán nos hace algunos disparos de Artillería.

Sevilla 5 Febrero de 1860.—*Jiménez Cuenca.*

(Bajo la firma.)—Que se echen á vuelo las campanas. Febrero 5 de 1860 —Dése cuenta á S. E., cumpliendo desde luego lo que se previene en la adición de este oficio.—*Vinuesa.*

Sesión 7 de Febrero 1860.—Visto con satisfacción en Cabildo de hoy. Así resulta del acta.—*Elías.*»

(4) Con fecha 1.º de Mayo de 1860 el Ayuntamiento hizo fijar en los sitios públicos de Sevilla una alocución, anunciando la próxima llegada de las primeras tropas vencedoras de Africa, y dicha alocución señalaba el recibimiento de los soldados en esta forma:

«...La entrada se verificará á las once de la mañana. Las tropas recorrerán las calles de San Fernando, Maese Rodrigo, Santo Tomás, Lonja, Gradas, Génova, plaza de la Constitución, Sierpes, Campana y Duque; siguiendo á su alojamiento.

Cuando lleguen á la Santa Iglesia Metropolitana rendirán gracias al Todopoderoso por el feliz éxito de la campaña. El Eminentísimo Prelado de la Diócesis, revestido de pontifical y con el ilustre acompañamiento de su venerable Cabildo, entonará un solemne *Te-Deum*; bendiciendo acto continuo con la misma ostentación una riquísima corona de laurel, débil ofrenda con que el Municipio orlará la gloriosa bandera de León por las proezas del Ejército.

La fuerza hará otra vez alto en la plaza de la Constitución. A los acordes de la Marcha real se descubrirá, con los honores correspondientes, por dos señores Concejales el retrato de nuestra excelsa Reina, colocado bajo un suntuoso trono en la galería alta de las Casas Consistoriales.

El Ayuntamiento conducirá solemnemente desde la Santa Basílica al local de sus sesiones la corona bendita por Su Eminencia, y reunido con las autoridades superiores en un elegante

palco, que se elevará sobre el zócalo del mismo edificio, tendrá la honra de prenderla, por mano de su presidente, á la bandera de tan insigne Cuerpo, previa solemne lectura de la auténtica de este tributo y al grito de entusiastas aclamaciones. Multitud de banderas, gallardetes y trofeos de guerra exornarán la fachada principal de las Casas Capitulares.

La carrera se alfombrará con profusión de flores y se adornará con vistosas colgaduras, así los balcones de las casas, sitas en el tránsito de la tropa, como los de los demás edificios públicos y particulares; ostentando los primeros la enseña de Castilla.

Seis grandiosos arcos de triunfo, en recuerdo de las seis acciones más notables en que la Infantería de León tomó parte, se erigirán en la carrera; soltándose al paso de los vencedores palomas con poesías en loor del Ejército.

Una iluminación general en aquella noche patentizará el alborozo público por las conquistas nacionales y su afectuoso respeto á los eminentes defensores de la Patria. La Giralda lucirá también su gallardía al resplandor de numerosas fogatas.

A las once de la mañana del siguiente día servirá el Ayuntamiento al primer batallón de León un abundante rancho, con carne y vino, en el ejido de San Sebastián; distribuyendo 4 reales á los soldados, 8 á los cabos y 10 á los sargentos, además de cigarros. Simultáneamente ofrecerá á sus jefes y oficiales un espléndido almuerzo, bajo una lujosa tienda, que se levantará en el mismo campo.

Por la tarde será obsequiada toda la guarnición con una corrida extraordinaria de toros, que el Ayuntamiento dedica á las victorias del Ejército. El señor don José Arias de Saavedra, de Utrera, los ha ofrecido generosamente de su famosa ganadería, por un precio módico, para facilitar la realización del espectáculo. Desempeñarán la lidia los célebres espadas Manuel Domínguez, José y Manuel Carmona, con los banderilleros y picadores que anuncian los carteles. Vistosas moñas, banderillas de lujo y un esmerado servicio aumentarán el lucimiento de esta corrida.»

(5) El 10 de Mayo publicó el diario *El Porvenir*, al frente de su número de dicho día, las siguientes líneas:

«*A la entrada en Sevilla de los Húsares.*—Hoy á las nueve de la mañana recibirá Sevilla á los valientes húsares que tantos laureles han alcanzado en la terminada campaña de Africa.

Esos valerosos escuadrones que en la acción de los Castillejos atravesaron el campamento enemigo, y donde el valiente Mur arrebató la primer bandera al enemigo; esos bizarros soldados que, en cuantas acciones se han dado, han sellado con

su sangre, su valor y su heroísmo; esos esclarecidos militares que tan perfectamente han combatido por la honra nacional, entrarán hoy en Sevilla, en ese pueblo leal y decidido que tantas muestras ha dado del interés que se tomaba por los que en Africa peleaban por la Patria, que tantos sacrificios ha hecho para ayudar á la guerra, que con tanto empeño ha cuidado de los heridos y que con tanto entusiasmo ha saludado, hace pocos días, á los primeros que, procedentes de Africa, han pisado su suelo.

Hoy Sevilla volverá á repetir las escenas del 5. La Ciudad de San Fernando volverá á engalanarse para recibir á los nuevos huéspedes, que, después de tantos sufrimientos, descansarán en ella de sus fatigas.

Entrarán por la Puerta de San Fernando y seguirán la misma carrera que el batallón de León, con la única diferencia de que pasarán por la Plaza Nueva y calle de Tetuán, por no poder hacerlo por la mitad de la calle de las Sierpes á causa del enlosado, llegando á la Campana y dirigiéndose por la calle de las Armas á la Puerta del Real, siguiendo por las afueras hasta su cuartel.

El Excmo. Ayuntamiento saldrá á recibirlos á la puerta de la Ciudad: creemos que se habrá tenido presente lo que dijimos respecto á que el sargento Mur marche al frente de los escuadrones, mandando los flanqueadores, porque todo Sevilla tiene deseos de conocer á tan valeroso soldado.

¡Gloria á los bravos!»

(6) Á la atenta invitación hecha por el Ayuntamiento al Marqués de Novaliches para que asistiera al acto de la entrega de la llave de la puerta de El Okla, contestó éste en 8 de Mayo de 1860 en un oficio al Alcalde, en el cual se dice en uno de los párrafos:

«...Puede V. E. comprender la satisfacción con que no sólo concurriría á tan notable ceremonia nacional, sino que coadyuvaría á su esplendor y engrandecimiento con los medios de mi cargo militar, pero sin dudar de que el general remitente de dicha llave puede hacerlo, mi carácter de general en jefe de este Ejército y distrito me imposibilita de subordinar mis severos deberes militares y mi representación de delegado del Gobierno á la vez de mis aspiraciones individuales: y como no tenía noticia oficial de la voluntad soberana en este importante y trascendental asunto, en cuanto recibí el escrito de V. E., pedí instrucciones al Gobierno de S. M., y no habiéndomelas dictado, no me es posible autorizar con mi presencia el acto que tiene por objeto la trasmisión de un símbolo, propiedad no sólo del Ejército, sino de la Nación...»

(7) El acuerdo del Municipio de 1859 para erigir el monumento á los soldados de Africa, dice así:

«Certifico: Que en la sesión de este día determinó S. E. que en una glorieta de la primera cuartelada del Cementerio de San Fernando se preparase un enterramiento decoroso para sesenta ú ochenta cadáveres, á fin de inhumar allí á los que perezcan en esta Ciudad por resultas de heridas ó padecimientos contraídos en la lucha de Africa, erigiéndose en el centro una pirámide sepulcral, cuya base sea de un cuadro de cuatro varas, con la altura de veintiún pies. Asimismo se acordó que en cada una de las caras del pedestal se coloquen lápidas con inscripciones análogas, y en la pirámide geroglíficos del valor y de la victoria: construyéndose este monumento de piedra jaspe del Reino, y en el basamento de la columna un osario para depositar los restos mortales cuando llegue la época de exhumarlos. Ordenó también el Ayuntamiento que se formase un paseo circular separando el referido enterramiento de otro que se construya en la parte exterior de la misma glorieta, para sepultar á los señores jefes y oficiales que procedan del valiente Ejército de operaciones en aquel territorio, y que todo el recinto se cerrará con una verja de hierro. S. E. dispuso, en fin, que sin demora se dibujase el proyecto por el arquitecto titular y con noticia del costo de la obra se solicitara autorización del señor Gobernador de la Provincia para verificarla por administración, atendida así su índole, como que ni la premura del tiempo ni el objeto á que se consagra permite sujetarle á las formalidades de subasta. Así resulta del acta capitular á que me refiero. Sevilla 17 de Diciembre de 1859.—*Elías.*»

(8) No terminaré estas notas sin indicar la principal parte de la documentación original é inédita de que me he servido para este trabajo, y que en el Archivo Municipal se conserva.

Entre los expedientes y papeles relativos á la campaña de Africa de 1859-60, merecen, por su importancia, que enumere los siguientes:

—Año 1859.—Secretaría del Ayuntamiento de Sevilla. Negociado especial.—Expediente formado con motivo de la exposición dirigida á S. M. ofreciendo Sevilla su cooperación para la guerra de Marruecos.

—Idem, ídem.—Expediente formado sobre dirigir una exposición á S. M. ofreciendo la Ciudad sus recursos para la guerra de Africa.

—Idem, idem.—Expediente formado á virtud de oficio de los señores jefes y oficiales del Batallón Provincial de Sevilla, solicitando se les provea de instrumentos para la banda de música.

—Idem, ídem.—Sobre galletas para Africa (20 Diciembre 1859.)

—Idem, ídem.—Expediente formado sobre la recepción de heridos y enfermos procedentes del Ejército de Africa.

—Idem, ídem.—Expediente sobre abono de estancia de heridos procedentes de la guerra de Africa.

—Idem, ídem.—Expediente formado para dar una corrida de toros, cuyos productos se destinan á los que se inutilicen en la guerra de Africa, que fueren hijos de Sevilla, ó sus familias, si desgraciadamente perecen.

—Año 1859.—Secretaría del Ayuntamiento Constitucional.—Negociado de Cementerios.—Expediente formado sobre la construcción de un enterramiento para los individuos del Ejército que, procedentes de la guerra de Africa, fallezcan en esta población.—(Enterramiento particular).

—Año 1860.—Idem.—Expediente formado para adoptar varios festejos que tendrán lugar al recibirse la noticia de la toma de Tetuán.

—Idem, ídem.—Recepción de la llave de la puerta El Ökla de Tetuán (Mayo 1860.)

—Idem, íd.—Enfermedad y fallecimiento del general Ríos.

—Idem, ídem —Hilas y vendajes.

—Idem, ídem.—Expediente formado para solemnizar la entrada del Batallón Provincial de Sevilla.

—Idem, ídem.—Socorro á los licenciados del Ejército de Africa, inutilizados en la campaña, hasta llegar á sus casas (14 Febrero 1860.)

—Donativos particulares y de los pueblos (1860.)

—Año 1860 —Expediente formado con objeto de abrir una suscripción para hacer un obsequio á los excelentísimos señores generales Duque de Tetuán y don Diego de los Ríos.

—Idem, íd.—Expediente para la suscripción para un buque.

—Fondos de Africa (6 Junio 1860.)

—Expediente formado para encargar el cuadro la paz con los marroquíes al pintor don Joaquín Domínguez Bécquer, debiendo contener los retratos de los generales españoles que asistieron á la campaña llamada Guerra de Africa.

—Cementerio de S. Fernando.—Proyecto de enverjado para cercar el mausoleo de los héroes de Africa (1865.)

—Año 1867.—Expediente formado para hacer una obra de reparación en el mausoleo erigido á los héroes de Africa.

—Actas capitulares 1859-1860.

—Colección de bandos y edictos.

A más existen en el Archivo Municipal otros documentos sueltos, en los cuales hay más noticias de la parte que tomó Sevilla en la guerra de Africa, y de que no hago mención especial por que no tratan sólo y exclusivamente de este asunto, sino que van unidas á otros de diversa índole.

Obras de Manuel Chaves

Constancia.—Novela. Imp. de *El Cronista*.—1891.—*El Posibilista.*—1894.—Sevilla.

Hablar por hablar.—Artículos literarios, satíricos y de costumbres, publicados de 1890 á 1894.—*El Posibilista.*

Bocetos de una época (1820-1840).—Carta prólogo de don Manuel Gómez Imaz.—Librería de F. Fe.—1892.—Madrid.—Imp. de Francisco Leal, etc.—Un tomo.

Pro-Patria.—Homenaje á los heroicos hijos de Sevilla don José González Cuadrado y don Bernardo Palacios Malaver.—Primera edición: Tipografía de Díaz y Carballo, etc.—1893.—Segunda edición: Tipografía Leal y C.ª, 1894.—Folleto.

Páginas Sevillanas.—Sucesos históricos, personajes célebres, monumentos notables, tradiciones populares, cuentos viejos, leyendas y curiosidades.—Carta-prólogo de don José Gestoso y Pérez.—Imp. de E. Rasco, etc, 1894.—Un tomo.

Pepe-Illo.—Ensayo biográfico, histórico y bibliográfico.—Resuche, impresor, etc.—1894.—Folleto.

Una carta del rey neto y algunas menudencias para ilustrar un capítulo de la Historia.—Imp. Angel Resuche, etcétera, 1894.—Folleto.

La Semana Santa y las Cofradías de Sevilla de 1820 á 1823.—Carta al duque de T'Serclaes.—Imp. do E. Rasco, 1895.—Cuaderno.

La Fotografía.—Recuerdo de sus orígenes y primeros adelantos.—Arte Fotográfico: Revista, etc.—1896-1897.

Don Bernardo Márquez de la Vega.—Memorias de la reacción absolutista.—Imp. de *El Porvenir*, etc., 1896.—Folleto.

Perder el tiempo.—(Versos).—Carta de don Francisco Rodríguez Marín.—Imp. de *El Porvenir*, 1896.—Folleto.

Historia y bibliografía de la prensa sevillana.—Prólogo de don Joaquín Guichot y Parody.—Imp. de E. Rasco, etc., 1895.—Un tomo.

Discurso de recepción, leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día 11 de Abril de 1899.—Tipografía, Monsalves 17, 1899.—Folleto.

Prólogo á una carta dirigida en 1665 á monsieur D. L. M., describiendo las fiestas de toros.—Imprenta de E. Rasco, MDCCCXCIX.—Folleto.

Don Mariano José de Larra (Fígaro).—Su tiempo, su vida y sus obras.—Estudio biográfico y bibliográfico.—Imp. de *La Andalucía*, 1898-1899.—Un tomo.

Micer Francisco Imperial.—Siglo XIV.—Apuntes biobibliográficos.—Tipografía, Monsalves, 17, 1899.—Folloto.

La Madre y la muerte.—Poesía escrita sobre el pensamiento de un cuento de Hans Cristián Andersen.—Tipografía de «La Industria», etc., 1899.—Folleto.

El humorismo en la literatura española el siglo XIX.—Trabajo premiado en los Juegos Florales que celebró el Ateneo de Sevilla en 25 de Abril de 1900.

Los teatros de Sevilla en la segunda época constitucional (1820-1823).—Imp. de F. Marto García, 1900.—Folleto.

Don Diego Ortiz de Zúñiga.—Su vida y sus obras.—(Estudio biográfico y crítico).—Premiado en los Juegos Florales que celebró el Ateneo de Sevilla el 4 de Mayo de 1902.—Imprenta de E. Rasco, etc., 1903.—Folleto.

Catálogo biográfico-bibliográfico de novelistas sevillanos del siglo XIX.—Premiado en los Juegos Florales que celebró el Ateneo de Sevilla en 10 de Mayo de 1903.

Cosas nuevas y viejas.—Apuntes sevillanos.—Prólogo de don José Nogales.—Sevilla: Tipografía, Sauceda, 11, 1904.—Un volumen.

Noticia biográfica del pintor don José Chaves y Ortiz.—Carta-prólogo de don Luis Montoto.—1904.—Imp. de *El Progreso.*—Folleto.

Bibliografía Cervantista Sevillana.—Trabajo premiado en los Juegos Florales que celebró el Ateneo de Sevilla en 6 de Mayo de 1905.

Las escritoras sevillanas del siglo XIX.—Trabajo premiado en los Juegos Florales que celebró el Ateneo de Sevilla el 7 de Mayo de 1906.

Discurso necrológico del señor don Joaquín Guichot y Parody.—Escrito y publicado por acuerdo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, 1906.—Imp. de *El Progreso.*—Folleto.

Viajes regios por Andalucía (siglo XV al XX).—Apuntes históricos.—*El Liberal.* Sevilla, 1906.

La escultura religiosa en las procesiones de Semana Santa de Sevilla (Apuntes).

Don José de Velilla.—Biografía y estudio crítico de sus obras líricas y dramáticas.—Premiado por el Ateneo de Sevilla en los Juegos Florales de 9 de Mayo de 1907.

Las Cortes de Bayona en 1808.—Discurso leído en la Academia Sevillana de Buenas Letras en 29 de Noviembre de 1907.

La vida sevillana durante la Guerra de la Independencia.—Conferencia leída en el Ateneo en 6 de Febrero de 1907.

La literatura patriótica en Sevilla durante la Guerra de la Independencia.—Discurso leído en la Universidad Literaria en la sesión pública y solemne que celebró la Academia de Buenas Letras en unión de la Universidad en 2 de Mayo de 1908.—Un folleto.

Sevilla en la Guerra de Africa (1859-1860).—Cuadros de hace medio siglo.—Tipografía de «El Mercantil Sevillano», San Eloy, 16, 1910.—Folleto.

TEATRO

Un entremés de Cervantes.—Boceto histórico en un acto, dividido en dos cuadros, original y en verso. Estrenado con

éxito en el teatro del Duque de Sevilla en 22 de Abril de 1905.—Imp. de F. do P. Díaz, etc.—Folleto.

Los Palomos.—Zarzuela en un acto, dividida en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Manuol Font. Estrenada con éxito en el teatro Cervantes de Sevilla en 17 de Enero de 1906.—Imp. de F. de P. Díaz.—Folleto.

¡Vivan las caenas!—Episodio histórico en un acto y cuatro cuadros, escrito en prosa y verso, original, música de los maestros Arturo Isaura y Manuel de Briude. Estrenado con éxito en el teatro Cervantes de Sevilla en 22 de Diciembre de 1906.

Daoiz—Boceto lírico dramático é histórico, original y en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, música de los maestros Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes. Estrenado con éxito en el teatro del Duque de Sevilla el 1.° de Mayo de 1908.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO
EL DÍA PRIMERO DE ENERO DEL
AÑO MCMX, EN LAS OFICI-
NAS DE «EL MERCANTIL
SEVILLANO» CALLE
DE SAN ELOY
N.º XVI.